

elojo interior

SEMILLAS PARA LA **CONSCIENCIA** CIUDADANA



Distribución Gratuita

Seamos guardianes de los ríos



AHAD
Consultoría Integral



Promoviendo el compromiso con la Educación, la Salud y la Protección de la Naturaleza

Manifiesto de la Naturaleza

Alberto Benavides Ganoza

1. La naturaleza es sagrada.

Natura es lo que nace, el misterio del brotar y florecer; al modo del árbol, el ave, el hombre.

2. Solo la relación con la naturaleza cultiva al hombre.

Por esta razón, colegios y universidades debieran estar en el campo. El hombre cultivado mantendrá un vínculo frecuente con la naturaleza, aunque sea mirando por su ventana o escuchando una cuculí.

3. Las ciudades han confundido a la humanidad.

Hay quienes creen que el agua sale del caño y la leche de la lata. Es de la mayor importancia para la educación del futuro devolver al hombre de la ciudad el sentido de su pertenencia a la tierra, a la Pachamama.

Pachamama, la Madre Ser, es otro nombre para la naturaleza.

En griego clásico Φυσις, (fusus), del verbo φύω, brotar. La *fusis* –de ahí física– es “el imperar que nace”, según la interpretación del filósofo Heidegger.

4. El hombre es el guardián de lo que nace, el jardinero del jardín que es la tierra.

5. El hombre es el animal que piensa porque tiene lenguaje.

Lo primero es el lenguaje. El hombre es el que pone nombres. Y con los nombres organizamos el mundo.

A veces lo hemos hecho con sentido y con belleza; pero curiosamente siempre hemos acabado sordos hacia la base misma de nuestra acción: la naturaleza. Así construimos torres que cualquier loco puede volar.

6. En el Perú tenemos que recapitular tradiciones para generar un nuevo canon que deberemos inventar cogidos de la poesía. Tenemos que recoger belleza para levantar el arquetipo peruano. Tenemos ya varias figuras en el pasado: don Miguel Grau, por ejemplo. La lista de los héroes de la creación es larga en el Perú. Igual que Grau, fueron casi siempre civiles.

7. Hacer una revolución cultural en el Perú significa despertar al Perú como a un oso dormilón. Generar el ánimo del buen trabajo donde queden desterrados los tres grandes males: suwa, llulla, qilla: el robo, la mentira y la holgazanería.

8. Dos cosas tenemos que hacer en el Perú: acequias y bibliotecas.

Los colegios están demás si los maestros y los alumnos no tienen dónde leer y, mucho menos, entrar al internet.

Acequias: ganar tierras para asegurar una vida decente para todos.

Nuestra revolución ha de significar cultivar tierras e inteligencias.

¿Es eso cosa muy larga? Sí, por eso mismo es hora de empezar.



LA HORMIGA ENAMORADA

Por un paraje solitario caminaba un día
el rey Salomón,
cuando encontró un hormiguero.
Al punto acudieron por miles las hormigas
a saludarlo.

Solo una lo ignoró, ocupada en transportar,
grano a grano, el enorme montículo de arena
que había ante ella.

Mandó llamarla el rey Salomón y le dijo:

*¡Oh pequeña hormiga, aunque tuvieras
la longevidad de Noé y la paciencia de Job,
nunca conseguirías hacer desaparecer
esta montaña de arena!*

*¡Oh gran rey, respondió la hormiga,
no repares en mi tamaño...*

sino en la intensidad de mi ardor.

Tras este montículo espera mi amada.

Nada podrá impedir que lo desplace.

*Y si perdiera la vida en mi empeño, ¡al menos
moriría en la esperanza de reunirme con ella!*

¡Oh rey,

deja que una hormiga te enseñe

la fuerza del amor,

deja que un ciego te enseñe

el secreto de la visión...!

FUENTE: EL LIBRO DIVINO – ATTAR, POETA,
PERFUMISTA Y MAESTRO SUFÍ



Adaptarse a una revolución en el mundo

Kingsley L. Dennis

La vida humana en este planeta, parece que está a punto de experimentar un periodo de transición que pondrá a prueba nuestra capacidad para readaptarnos y resurgir en una escala sin precedentes. Quizás es hora de preguntarse ¿qué tipo de “revoluciones” estamos abocados a afrontar en nuestro “pequeño planeta” en los días y años venideros? ¿Está la humanidad dirigiéndose colectivamente hacia una “experiencia cercana a la muerte” como parte de un proceso de transformación y renovación?

La civilización occidental ha creado una mentalidad que, aunque denominada “moderna”, es demasiado racional y lógica, y busca reglamentar y controlar. Desafortunadamente, también ha tenido éxito en arrebatarnos el “encantamiento” a un universo misterioso. Lo que está claro es que la humanidad está inmersa en las brumas de una gran revolución. En la actualidad, los sistemas ecológicos, biológicos, sociales y tecnológicos están siendo reorganizados por los nuevos avances en la energía, las comunicaciones y la consciencia. La vida en el planeta Tierra está entrando en una fase de cambio de dimensiones casi rupturistas.

Hemos llegado al siglo XXI atravesando una serie creciente de umbrales críticos, moviéndonos hacia los actuales límites globales, sociales y ambientales. Sin embargo, en tales umbrales surgen forzosamente nuevos planes. Esos nuevos planes emergentes generalmente ocurren en el contexto de sistemas interrelacionados, donde el cambio en un sistema/estructura afecta potencialmente muchas otras estructuras, tanto directa como indirectamente. Podemos decir que la revolución que empieza a ocurrir en este planeta tendrá profundos efectos, tanto físicos –estructurales, ambientales, socioculturales– como psicológicos.

Los medios de comunicación nos informan de cambios dramáticos debido a perturbaciones climáticas: terremotos, inundaciones, huracanes y erupciones volcánicas. También somos testigos de un aumento de las protestas populares a medida que décadas de sistemas sociales corruptos e ineficientes se enfrentan a su némesis. Aún así, dentro de este caos visible, están ocurriendo cambios más sutiles, como la transición de la mente “moderna”, desde el modelo de globalización industrial, hacia una visión del mundo ecológico-integral de mantenimiento vital. El pensamiento occidental, con su noción lineal de la historia y del progreso, nos ha privado de muchos “encantamientos” y “augurios”. Muchas enseñanzas antiguas (tanto espirituales como seculares) y muchas culturas indígenas nos hablan de procesos cíclicos durante largos periodos de tiempo histórico, tales como los ciclos Yuga. Estos ciclos también coinciden, o coexisten, con cambios en la percepción y en las visiones del



mundo. En otras palabras, las grandes revoluciones sociales se acompañan de grandes cambios de la consciencia humana. Tales cambios también corresponden a transformaciones en la manera en la que la especie humana entiende, y subsecuentemente aprovecha, diversos tipos de energía, merced a una progresión de descubrimientos de formas de energía cada vez más refinadas y menos densas/corrosivas. Mi visión es que en los años venideros la humanidad se encontrará a sí misma formando parte de un mundo “en revolución” adaptándose a utilizar y a hacer buen uso de nuevos desarrollos en el campo de la energía, las comunicaciones y la consciencia.

Con la comprensión de cómo funcionan esas energías más refinadas y sutiles, podríamos desarrollar una relación con la tecnología que catalizase un “nuevo cableado” de la psique humana. Ya lo estamos viendo surgir con el aumento de una mente empática globalmente conectada. Esta mente empática, que nace de una conectividad física y emocional creciente, podría ser precursora de nuevas generaciones que nazcan con mentes intuitivas reforzadas. Podríamos referirnos a ellas como mentes “supramentales”, en las que la racionalidad intuitiva, o el sentido común reforzado, se convierten en el estado mental predominante. En otras palabras, se trata de reconocer la consciencia o atención plena (mindfulness) más allá de nuestra mente física, lo que incluye la creciente percepción de nuestro lugar dentro de un gran orden cosmológico creativamente dinámico. Podemos decir que se trata de una consciencia plena (mindfulness) que es, simultáneamente, tanto vertical (transpersonal) como

horizontal (integral). En el ámbito de esta consciencia transpersonal-integral, podemos contarnos a nosotros mismos un nuevo relato –una historia de un cosmos viviente, dinámico y creativo, que es un flujo continuo de energía. Dentro de un universo viviente todo el orden energético subyacente es recreado y sostenido en cada momento, en lugar de ser una masa inerte aleatoria. Tal cambio en la percepción del sentido de nuestro cosmos contiene profundas implicaciones para nuestra comprensión y la significación de la vida humana. En los próximos años, la humanidad puede avanzar no solo en sus descubrimientos científicos de “energías más refinadas”, sino también en el desarrollo en la especie de capacidades innatas y órganos de intuición, empatía y nuevos patrones de pensamiento. Dando un paso adelante en su camino evolutivo, la humanidad verá que el cosmos no solo nos sostiene continuamente sino que todos nosotros estamos íntimamente relacionados con todo lo que existe. Después de casi 4.5 billones de años de evolución en la Tierra, los humanos pueden considerarse a sí mismos como agentes de participación dentro de un cosmos activo y creativo.

En los años que se avecinan, la humanidad se encontrará a sí misma necesitando adaptarse a un mundo en revolución –en la energía, las comunicaciones, y la mente–, a medida que nuestras vidas son catalizadas hacia nuevos planes y posibilidades. Necesitamos estar preparados para adaptarnos tanto a nuevos mundos como a nuevas visiones del mundo, y para percibir nuestras oportunidades para un futuro creativo.

Seamos guardianes de los ríos

David Novoa



Qué feliz fui bañándome en la acequia que serpenteaba cerca al bosque de Licapa en Casa Grande. Esa tarde de mi infancia que, junto a mis amigos, nos hundimos en sus aguas marrones y tibias —y aunque las palabras no expresen más que una simple idea—, qué feliz fui. El sol destellaba protector entre las nubes endulzando los cielos y el viento barría el mar de cañaverales a nuestro alrededor. Ahí conocí a Dios. Y Dios era todo. Y nosotros, sin saber que creceríamos y sufriríamos la pérdida de nuestra inocencia, saltábamos al agua inolvidablemente gozosos, eternos; nunca, nunca nos pasaría nada malo.

He vuelto a caminar por esos parajes ahora en la adultez. El río de la existencia ha discurrido inevitable y mis amigos de la infancia son unos desconocidos a quienes casi nunca veo, la sabrosa sensación de alegría

que me exaltaba en aquellos años se ha hecho intermitente y la acequia donde me zambullí infinitamente feliz —seguro que la vida sería siempre como en aquel momento—, acaba en un terral con casas envejecidas a medio construir, donde la basura de botellas y plásticos se entierran entre el desmonte.

También esto es la existencia, he comprendido. Esto hemos hecho de ella.

Aquella acequia que vivificaba todo a su paso, aquel cauce de aguas aterciopeladamente terrosas en cuyas orillas brotaban los carrizos, es ahora una poza hedionda donde he llorado amargamente por los liles, las lisas, las mojaras, las charcoas, desaparecidas para siempre, donde ansioso por revivir mi antigua inocencia, volví para ver qué hicimos con nuestro paraíso. He conversado con mucha gente que vivió su infancia en el campo y la gran

mayoría ha sufrido una experiencia similar. Las acequias, los ríos, las lagunas, los manantiales, las playas de nuestro Perú han recibido una oleada de basura, de venenos y de aguas pútridas que las han intoxicado. Los ríos son las venas del planeta mas incapaces de erguirnos ante nuestras debilidades, hemos permitido que nuestra desidia inocule enfermedad en la tierra; ya no la riegan los canales de agua saludable sino la dejadez y la irresponsabilidad. Las fábricas, las empresas, las ciudades beben a tragos gigantescos la poca agua limpia que queda en estado natural y la destilan envilecida. Tomamos lo mejor y devolvemos lo peor. La naturaleza abundantísima que envolvió la infancia de millones hace unos años se ha transformado en una estéril extensión sobre la que caminamos entrechocándonos sin ver el daño que le hacemos a la madre que sostiene nuestra vida.

Hay inmensos proyectos de irrigación y varios de potabilización, sí, pero aún no hacen la diferencia ante el descuido generalizado. Solo el tres por ciento del agua del planeta es potable. De este tres por ciento uno se consume en la agricultura, otro aplaca la sed de la humanidad y el último se desperdicia inconscientemente siendo devuelto al mar cargado con las excrecias de millones de personas: usamos el agua cristalina y bebible para evacuar sobre ella y jalar la cadena uniéndola al cauce de diluidos jabones y champús para desaguarlos, finalmente, en el océano donde los consumen los peces que comemos.

Los ríos son arterias: continuamente irrigan al planeta con sustancias nutritivas que lo alimentan y renuevan. Y es que la Tierra es un ser vivo capaz de emanar vida: no cruda materia inerte que ha parido seres al azar, sino un complejísimo y vasto organismo que nunca cesa de producir criaturas

mejorándolas a través de las generaciones. Solo el hombre —este impredecible hijo suyo—, ha escapado de sus leyes regenerativas: se ha distraído, ha creado un mundo de fantasía y lo ha materializado. Y tratando de imponer su ilusión sobre lo real se ha perdido en una locura autodestructiva. Ahora se hacen películas en Hollywood donde se especula sobre la Tierra del futuro y se ganan millones de dólares mostrando un planeta agónico y apocalíptico; en vez de invertir en resolver el problema, de educar y proponer, hacen del extravío un espectáculo y un negocio millonario. Y como a los ríos de la Amazonía —en cuyo cauce seguimos inyectando mercurio para sacar oro, sobre los cuales se derrama petróleo sin que se afronte el problema—, igualmente continuamos inyectando ideas evasivas en el cauce de nuestro pensamiento para disfrutar estúpidamente a nivel colectivo.

El agua se acaba, la poca que va quedando es mal utilizada, peor aún, la contaminamos evidenciando la mentalidad errónea que hemos reiterado hasta hoy. Pero ya acabó el tiempo de la inconsciencia: el agua que sale de tu caño sostiene tu vida, refresca tu cuerpo, te permite asearte y dignificarte, ya no hay necesidad de pensar demasiado, sabemos lo que pasa y lo que tenemos que hacer.

Para conectar verdaderamente con Lo Divino, mejor que ir a un templo a adorar a un dios institucional, mejor que creer en dogmas y promesas mesiánicas, mejor me hubiera quedado a defender a los peccecitos que resbalaban felices entre mis dedos cuando hundía las manos en el agua barrosa, en la acequia del bosque de Licapa, en Casa Grande.



Claudia Lüthi, artista esencial

Hace pocas semanas, nuestra gran amiga y colaboradora de El Ojo Interior, Claudia Lüthi, partió de este mundo en su viaje definitivo. Viajera empedernida, traductora y escritora, caminante y magnífica fotógrafa, Claudia poseía una visión incisiva para descubrir la magia de lo insólito en los instantes más anodinos y sorprendentes de la existencia humana. De ello dan cuenta sus bitácoras visuales y los diferentes proyectos que emprendió en colectivo o en solitario. En sus fotografías encontramos el asombro, el humor y la ironía que la acompañaron siempre y que revelaban su ternura y fascinación por la vida, su lujuria por vivir.

Claudia experimentó con la fotografía un amor a primera vista. Ella misma lo cuenta así en un texto autobiográfico del 2010: “La fotografía ha llegado relativamente tarde a mi vida, hace más o menos 13 años, cuando mi madre que estaba de visita, me dejó una cámara. Fue una relación de amor instantánea. Y con la ayuda de un amigo profesional que me enseñó todo lo relacionado a la técnica, instalé un cuarto oscuro en el baño y empecé a revelar y ampliar mis propias fotos... La fotografía ha sido desde entonces mi gran pasión”.

Claudia Lüthi deja un gran legado fotográfico por publicar. Le conocemos de cerca al menos dos proyectos importantes: la serie *A espaldas del desierto* (2012), donde propone una mirada crítica hacia el boom de la construcción que promueve la privatización ilegal de las playas al sur de Lima; y *The shoe from Peru* (2008-2016), un proyecto fotográfico internacional donde más de 50 fotógrafos de tres continentes retratan, según su propio punto de vista, un objeto entrañable: un zapatito de charol, de los usados por las niñas en la primera comunión, encontrado diez años antes por Claudia en el desierto de Samaca, en el valle bajo de Ica.

Estos proyectos y muchos otros son de un valor extraordinario y merecen sin duda ser publicados.

Aunque tuvieron poca difusión fuera de un estrecho círculo de amigos, en la comunidad virtual Claudia era muy popular y encontraron allí un gran número de seguidores. Nosotros creemos que la mirada de Claudia Lüthi, tierna e irreverente a la vez, lúdica y corrosiva, libre de dramas innecesarios, ha renovado como un viento fresco y saludable la fotografía documental urbana hecha en el Perú.

Su experiencia con el cáncer fue plasmada en el libro testimonial *Saca la Lengua*, el cual, sin llegar a ser un fotolibro, se articula a partir del diálogo intermitente entre texto e imágenes. Los textos son de una contundencia brutal pero a la vez íntimos y ágiles: leerlos es como escuchar su voz, es como conversar con ella. Además, las imágenes dan cuenta de su estado interior de una manera estremecedora. Luego de recibir el diagnóstico de cáncer de lengua, sus fotografías se volvieron un acto de resistencia multiplicada ante el dolor y la incertidumbre; el miedo a lo desconocido se podía exorcizar fotografiando, extrayendo símbolos de la realidad que reflejaban su propio estado interior.

Claudia era un espíritu libre, amante del mar y del desierto, defensora de los espacios sagrados, que alcanzó un gran nivel de sensibilidad y sabiduría. Poco antes de su partida, escribió: “Cada uno de nosotros es una ola del mar que aparece como algo singular, se alza, corre, se rompe y muere en la orilla. Pero en ningún momento ha estado separado o ha sido algo diferente que mar. Y naturalmente vuelve a fundirse en él.”

Ella vivió apasionadamente, con libertad y belleza. Siempre la recordaremos y desde aquí nos comprometemos a difundir y mantener viva su magnífica obra. ¡Adiós querida Claudia, buen viaje!

<https://www.flickr.com/photos/clauidivision>
<https://paseosfotograficos.wordpress.com>



Foto: José Carlos Orrillo

Bienestar irracional

Aziz Djendli

Bienestar irracional quiere decir bienestar sin una razón concreta, pero necesario. Necesario sencillamente porque “lo igual atrae a lo igual” en el sentido de que si consiguen convencerse sin previsión del valor de permanecer positivo, lo verán con absoluta claridad.

La positividad, o incluso una sensación positiva, se alimenta con el hábito. Mientras más veces una persona realiza esta corrección o inversión psíquica positiva, más familiar le resultará la positividad, y la negatividad –o un sentimiento o sensación negativos– será detectada y eliminada enseguida como algo anormal, fuera de lugar.

No hay razones superficiales para sentirse bien; se trata más bien del eco de una razón profunda y estable: permanecer positivo les ofrece un punto de vista sobre ustedes mismos y sobre el mundo, mucho más reconfortante que la negatividad y el pesimismo.

Condicionamientos e inversión

Estar condicionado significa simplemente que la persona ha integrado más o menos profundamente actitudes y/o esquemas mentales sin haberlos examinado ni haber seleccionado los que puedan ser útiles y los que no.

Es ahí donde entra en juego la inversión: más que proponer calma, equilibrio, armonía y comunicación como esquemas mentales básicos y profundos, muchas instituciones le dan más valor, en la práctica, al estrés, la inquietud y la euforia.

Se trata de un trabajo individual mucho más fácil de lo que imaginan porque consiste apenas en un cambio del ángulo de la mirada sobre uno mismo y sobre el mundo, apoyado con ejercicios que fortifican y alimentan ese trabajo.

Utilizarse a sí mismo

Servirse de uno mismo es algo que saben hacer muy bien los comerciales para vender un auto o cualquier otra cosa; voz segura, sonrisa, vestimenta impecable, gestos estudiados, discurso persuasivo. Y muchas veces nos encontramos con que hemos comprado algo que verdaderamente no necesitábamos en ese momento.

Todo eso es fruto de un aprendizaje, un saber hacer aprendido y mejorado con la experiencia.

La analogía sirve para la relación positiva que una persona puede mantener consigo misma. Esa calidad

de diálogo y de influencia sobre uno mismo es señal de una buena utilización de la propia mente.

Un esquema de pensamiento o de sentimientos es una señal de comunicación con uno mismo que demanda una respuesta. Mientras más rápida sea esa respuesta, porque el mensaje se ha comprendido enseguida, más rápido será el regreso a la positividad.

Objetividad y desdramatización

La objetividad lleva a desdramatizar las situaciones, pues produce una desensibilización psíquica ante la dramatización sistemática, concebida casi como un ritual. La vieja historia de la montaña que da a luz un ratón.

El cerebro, a causa del condicionamiento, puede caer en el hábito y la necesidad de dramatizar. Puede que esto parezca estúpido, pero es absolutamente cierto y responde a una realidad neuroquímica.

Cuando los circuitos de paciencia positiva, de desdramatización o de humildad están constantemente activados, como autopistas neuronales, la vida y la percepción de uno mismo se vuelven más y más agradables.

La costumbre de sufrir

La costumbre de sufrir es un hábito como el de comer. Se trata de un hábito emocional, igual que algunas personas acostumbran a estar alegres.

Nuevamente se trata de un asunto de condicionamiento: me levanto por la mañana, me visto, desayuno y sufro. Ese es un encadenamiento neuronal muy real, que existe de hecho y que no tiene otra función que la de perpetuarse, seguir en el “kit” del comportamiento de la persona que sufre para dejar de sufrir.

En pocas palabras, todo está constituido en el cerebro para que esta configuración no cambie a fuerza de buena voluntad, intensa pero inútil.

La buena imagen

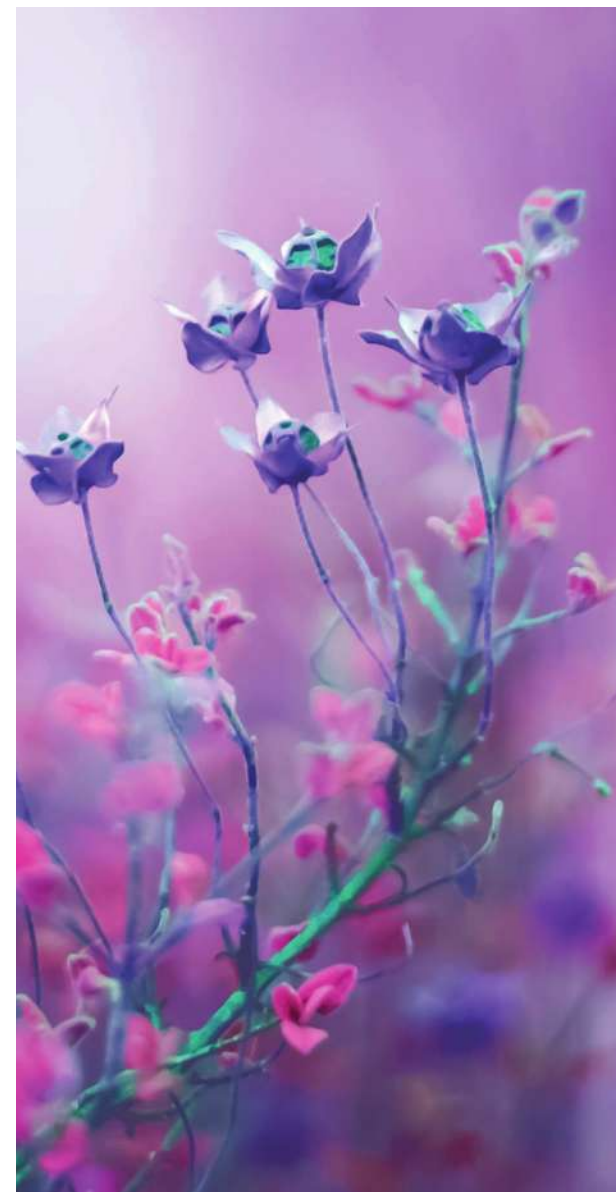
La energía desplegada por hábito cerebral para cultivar una buena imagen puede resultar por momentos agotadora. Por ejemplo, el miedo a herir a alguien es muy común, y puede con facilidad convertirse en trampa.

Trampa: actitud que no se ha elegido, que no nos ayuda a crecer y que no nos sentimos capaces de modificar.

Así, un individuo puede sentir la necesidad de decir determinadas cosas a una persona más o menos próxima. Pero, lo primero que supone nuestro individuo sería algo así: “Si le digo lo que pienso, la voy a herir. Más vale que no diga nada. Sí, eso será lo más conveniente”.

Al actuar así, esa persona prisionera de sus suposiciones, se bloquea a sí misma.

Ese tipo de conjeturas parten de la base condicionada y apriorística de que la persona a quien desea decir ciertas cosas no podrá entenderlas o soportarlas. Lo que exigiría ser verificado, y, en cierta medida, experimentado.



Sentir los miedos

Nosotros contemplamos los cinco recordatorios –citados más abajo– para ayudarnos a liberarnos del miedo. Han sido diseñados para recordarnos la naturaleza cambiante de la vida. Cuando pensamos en ellos, nos aferramos menos a nuestras creencias y miedos acerca de lo que podría o no suceder. Si tenemos miedo de soltar porque hemos sido heridos en el pasado, si hemos experimentado decepciones o si nuestros errores pasados aún invaden nuestra imaginación, tenemos que recordarnos vivir en el presente, apreciar todo lo bueno que hay hoy en nuestras vidas, saber que haremos todo lo que podamos en el día de hoy y no vivir bajo el nubarrón de las expectativas.

1. No hay manera de evitar envejecer.
2. No hay manera de evitar la enfermedad en algún momento de la vida.
3. No hay manera de evitar la muerte.
4. Todo aquello y todos aquellos que amo están sujetos a la naturaleza del cambio. No hay manera de evitar verse separado de ello y de ellos.
5. Las únicas cosas que poseo son mis pensamientos, mis palabras y mis acciones. No hay manera de evitar sus consecuencias; son el suelo que piso.

Contemplar estas afirmaciones nos permite traer suavemente nuestros miedos a la consciencia. En vez de negarlos, los ponemos en un contexto que nos recuerda que son los mismos miedos que tienen los demás. No podemos detener el tiempo; a cada segundo que envejecemos nos acercamos a la experiencia de la enfermedad en algún momento de la vida –aunque, por supuesto, es mucho lo que podemos hacer para fomentar la buena salud–, y finalmente moriremos. Una vez que aceptamos esto realmente, despertamos a nuestras vidas tal como estas existen en este mismo momento: disfrutamos de nuestras relaciones, en vez de buscar las rupturas, hacemos todo lo que podemos para cuidar nuestro cuerpo y conservar la salud; aceptamos los errores y heridas pasados, pero no seguimos permitiendo que influyan sobre nuestro presente o nuestro futuro.

Los cinco recordatorios son crudos y francos, y a causa de esto pasan a través de las habituales capas de excusas y justificaciones que usamos para no enfrentar nuestros miedos –para mantener el status quo de nuestra vida en lugar de probar otras cosas–. Cuando seas honesto, tu naturaleza interior saldrá a la superficie, y podrás empezar a sentirte más cómodo en tu propia piel y menos temeroso en cuanto a la forma de manejar tu vida. Oírás lo que hay en tu corazón y tendrás el valor de seguir lo que te estás diciendo a ti mismo.

La comprensión de que la única manera de cambiar tu vida es cambiar tus pensamientos y tus acciones, te libera para que te centres en lo que puedes mejorar, en vez de aferrarte a los errores que cometiste o a las heridas que recibiste, pero que ya no están ahí. Lo que realmente importa es hoy. Regresa a tu presente y vivirás la riqueza de tu vida. El tiempo no espera a nadie, así que ¡no pospongas tu felicidad ni un minuto más!

Cómo vas a intervenir hoy para hacer del mundo un lugar más feliz

Usemos el presente para vivir la vida felizmente y al máximo. Siempre digo que nuestra felicidad siempre será completa cuando la compartamos, así que en todo momento deberíamos estimularnos los unos a los otros a participar de actos positivos y a mantener nuestros cuerpos, palabras y mentes en el presente. Deberíamos vivir con atención plena. Puede llegarse a una gran felicidad a partir de los comienzos modestos. Ponemos muchas cosas en suspenso en nuestras vidas –“empezaré con este proyecto mañana”; “estoy casi listo, pero no del todo”; “he tenido la intención de hacerlo”– y después, sea lo que sea lo que estamos aplazando, parece que se vuelve más y más grande por sí mismo, de manera que se hace más duro o complicado emprenderlo. Pero todo en la vida comienza con un primer paso. Si lo das, estás en tu propio camino. Cual sea el primer paso que puedas dar hoy, dalo. No esperes a que los otros te amen. ¿Por qué no extiendes tu amor primero? Ama sin condiciones, sin expectativas. Vive la vida que quieres vivir y sé fiel a ti mismo y a tus valores. Sé siempre consciente de lo bueno y generoso que eres. No necesitas tomarte a ti mismo demasiado en serio. No necesitas estar demasiado apegado a tus emociones o posesiones. Allí donde vas tu mente va contigo, así que cultiva el tesoro que es tu mente. Esta es la verdadera riqueza. Acércate a la Naturaleza y cuida de ella, y ella cuidará de ti. Permite que tu felicidad brille a través de ti, de tal manera que pueda tocar a otros. ¿No es hermosa la vida? Tómala con calma. Sé libre. Vive con todo tu corazón. Sé un guerrero de la felicidad y la alegría. Como dijo el Buda:

Cuando te des cuenta de lo perfecto que es todo, echarás tu cabeza hacia atrás y reirás al cielo.

FUENTE: LA FELICIDAD EMPIEZA EN TU MENTE - SU SANTIDAD GYALWANG DRUKPA, EL GUARDIÁN DEL HIMALAYA, ACTIVO AMBIENTALISTA, EDUCADOR Y LÍDER ESPIRITUAL DEL LINAJE BUDISTA DRUKPA. FUNDADOR DEL MOVIMIENTO INTERNACIONAL: VIVIR PARA AMAR.

EL VERDADERO HOGAR

Nuestro verdadero hogar está en el presente. El pasado ya se ha ido y el futuro aún está por llegar. “He llegado, estoy en casa, en el momento presente”. Nuestra práctica consiste en esto.

Puedes recitar esta gatha o poema mientras meditas andando o sentado. O mientras te diriges con el coche a la oficina. Puede que no hayas llegado aún a ella, pero mientras conduces ya has llegado a tu verdadero hogar, al momento presente.

El simple hecho de practicar la primera estrofa del poema “He llegado, estoy en casa” te puede hacer muy feliz. Tanto si estas sentado, andando, regando las verduras del huerto o dando de comer a tu hijo, siempre puedes practicar “He llegado, estoy en casa”. He dejado de correr, he estado corriendo toda mi vida y ahora he decidido detenerme y vivir de verdad mi vida.

*Nuestra cita con la vida
tiene lugar en el momento presente.
Nuestra cita se encuentra aquí,
en este mismo lugar.*

**FUENTE: THICH NHAT HANH,
POETA, ACTIVISTA
Y MAESTRO BUDISTA.**



Rogelio Gallardo: el poeta del Ser *

Jorge Chávez Peralta

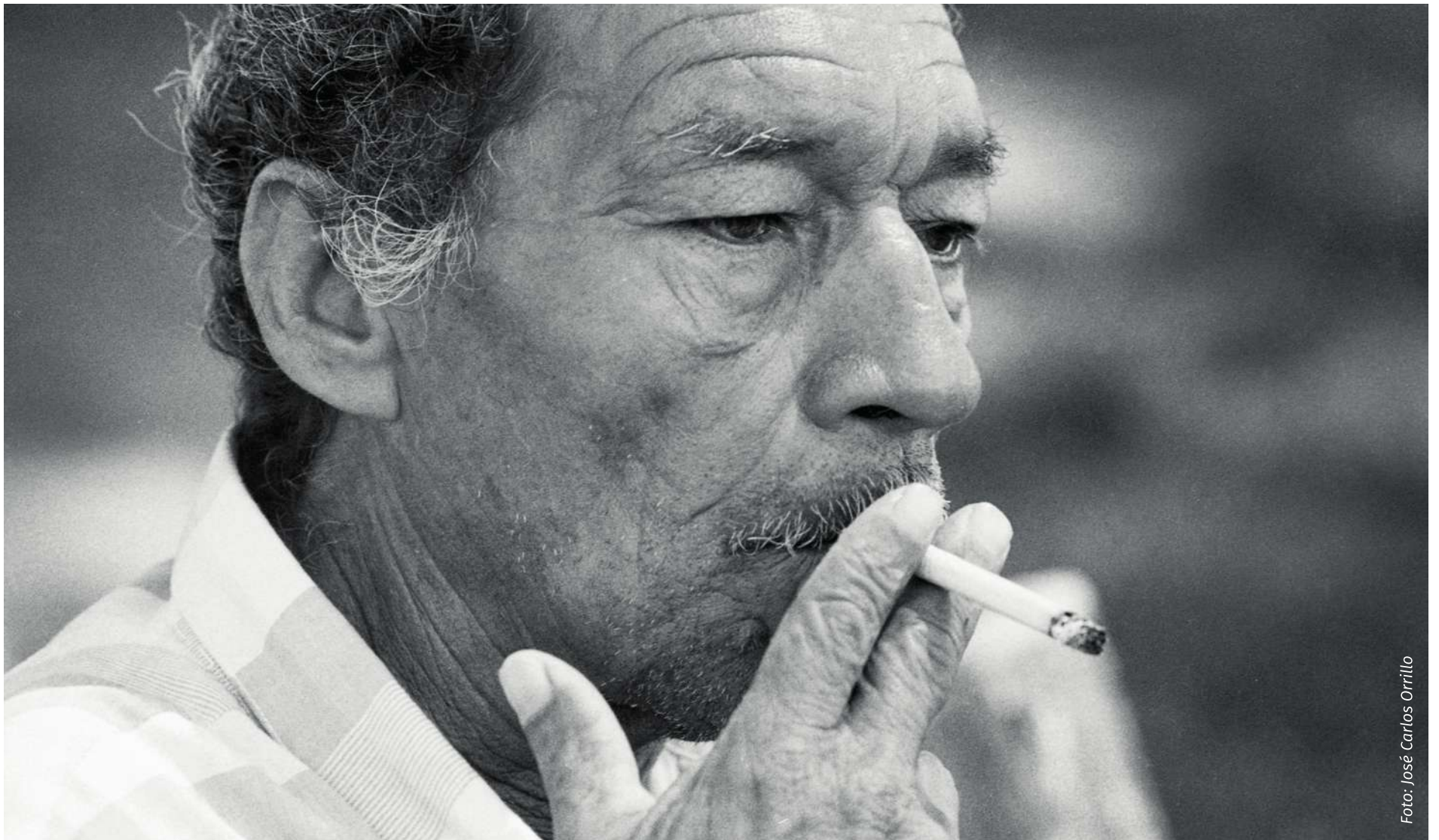


Foto: José Carlos Orrillo

Hace treinta años, cuando cursaba estudios universitarios, un lugar obligado de convergencia de aficionados a la literatura e intelectuales en ciernes era el local de Proyección Social de la Universidad Nacional de Trujillo, situado en el jirón Junín. Nos atraía irresistiblemente a los universitarios de la década del sesenta los inolvidables “Viernes literarios”; asimismo, las conferencias, exposiciones de pintura, recitales, etc. En el verano de 1967, una mañana se me ocurrió visitarlo y encontré, en el primer patio, una exposición de poesía ilustrada. Me detuve ante el

primer panel y leí: *“Hombre/te amo desde mi sangre hasta mis huesos/dolida vértebra humana/que llegaste totalmente a mi ternura/profundidad vital. Forma/que el tiempo no detiene./En ti creo/porque eres el todo/ y la esperanza renovada marchando/hacia los siglos venideros...”*

Después de sumergirme en ese vislumbre de experiencia oceánica que ofrece *Cantos al Hombre*, pregunté por el autor. Alguien me señaló a un individuo. Estaba sentado, solo, en una de las bancas del recinto: enjuto, tez morena y agrietada, pelo ensortijado, ojos achinados, bigote montaraz y perilla incipiente, perfil

prognato, modestamente vestido; fumaba un cigarrillo. Arriesgándome a un desaire, me acerqué para presentarme y felicitarlo. Lejos, muy lejos de él, esa petulancia de algunos “geniecillos” de la literatura. Me invitó a compartir su asiento y empezamos a conversar como si nos hubiéramos conocido desde siempre. Le pregunté dónde podía comprar su libro. Me informó que no disponía de ejemplares del poemario, porque la edición de Juan Mejía Baca se había agotado; que también había una propuesta de editarlo en Uruguay y México...

Fuimos fortaleciendo nuestra amistad en los prolongados epílogos de los “Viernes literarios” en el “Túnel”, el bar preferido por la bohemia literaria trujillana. Rogelio, había integrado el grupo Trilce. Desintegrado a mediados de los sesenta, se asimiló al grupo Continente, el más activo entre los varios surgidos a principios de la década del setenta. Eran contertulios habituales Santiago Merino, Justo Peláez, Hugo Díaz y Marco Serrano; concurrían Juan Paredes Carbonell, Eduardo Paz Esquerre y Santiago Aguilar (trilcistas), Julio Lázaro, Juan Collas, Juan Félix Cortés, todos con la cabeza llena de sueños, ansiosos por escribir una obra perdurable... Rogelio, el mayor en edad y en calidad, no fungía de erudito en literatura y jamás intervenía en los acalorados debates, pero su presencia bastaba: percibíamos su vibración de poeta y lo respetábamos.

Aunque mantuvimos una amistad durante casi treinta años consecutivos, esta se cimentó sólidamente entre 1967 y 1968. En esa época, en mi condición de alumno becario, atendía el segundo turno de la Biblioteca de Letras, en el jirón Almagro. Rogelio vivía cerca, en la calle Carrión, frente al excine Libertad. Me visitaba con frecuencia a la hora del crepúsculo vespertino. Rodeados de libros y hurtando los cigarrillos del doctor González Villaverde, nos enfrascábamos en lecturas y comentarios de nuestros autores predilectos: Vallejo, Neruda, Sábato, Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez... En los paréntesis, Rogelio me hablaba de sus años en Lima, en la década del cincuenta, de su amistad con Sebastián Salazar Bondy y Juan Gonzalo Rose, con quienes había compartido poesía y bohemia. A veces, cumplido mi horario de trabajo, prolongábamos la charla al Bar-Café “Ucayali”, en el jirón Ayacucho, a la altura del Pasaje San Agustín. Funcionaba normalmente, en la parte anterior, con cuatro mesas; pero a partir de las nueve cerraba y se convertía en un garito clandestino. Entonces debíamos pasar a un ambiente interior, bien disimulado detrás de los andamios. Para quedarse requería el consentimiento del propietario (un chino que jamás dejaba de fumar); si ya estaba cerrado, había que tocar con un ritmo en clave, se abría una mirilla, se volvía a cerrar y, previa consulta, se abría una portezuela... Ese privilegio estaba garantizado con Rogelio. En el garito, reducido, sórdido, lleno de humo y penumbroso, la mayoría de parroquianos jugaban a las cartas con apuesta y otros bebían, hablaban a gritos y sacudían los cubiletes; nosotros bebíamos, charlábamos y fumábamos.

En esas maratónicas sesiones etílico-literarias pude asomarme y aquilatar la grandeza de alma de Rogelio. Descubrí un hombre en la dimensión ontológica del vocablo, porque vivía en el plano de su ser. Lo habitual es usar una careta para merecer la aprobación ajena; en Rogelio esa necesidad no existía. La autenticidad en él fue un rasgo genuino y —que yo sepa— jamás se traicionó. Le gustaba que lo reconocieran como poeta, pero no le quitaba el sueño la fama, el renombre o como quiera llamarse al éxito literario. Solo le interesaron la vida y la poesía. La vida, como un regalo útil para consagrarse a la poesía; y la poesía,

como una experiencia para celebrar ese milagro, escuchar su pálpito recóndito, escudriñar el misterio de lo divino y eterno en nosotros.

Rogelio había iniciado estudios de Filosofía en la Universidad de San Marcos, pero nunca obtuvo un título, no ejerció un empleo estable ni formó una familia; a cambio, por razones políticas, al despuntar su juventud ya se había graduado de hombre en las mazmorras del Frontón; su hogar era el mundo; su familia, la humanidad y su única actividad, la poesía. Soportó con admirable estoicismo su pobreza y solo pedía lo indispensable para mantenerse biológicamente vivo. Como Diógenes el Cínico, empleaba su tiempo en lo que le gustaba. Se lo veía diariamente recorrer las calles céntricas de la ciudad, sentado en la banca de un parque, visitaba amigos y recalaba en las tardes en la librería “Divulgación”, en el jirón Gamarra, para acompañar a don Mariano Alcántara La Torre, librero, animador de la cultura trujillana y dibujante eximio. Parecía no importarle su futuro ni su seguridad económica, sino el carpe diem, el placer del instante. La vida de Rogelio Gallardo se asemeja a la de un sanyassin, esos místicos de la India que optan por la renuncia a todas las demandas mundanas, salvo a la alegría de vivir la frescura del instante; y si guardan un compromiso es la comunión con la existencia. En Oriente ese tipo humano merece el respeto de una tradición cultural; pero en Occidente sería considerado un vago, un loco, un excéntrico, un desadaptado social. Escasos artistas se ofrecen como ejemplos de vivir con absoluta libertad y autenticidad, fiel a los mandatos de su Ser. Rogelio, sin duda, resulta un pariente legítimo, entre nosotros, de Vallejo, Humareda y Martín Adán. La única riqueza de Rogelio fue, además, su pureza, ternura y carisma. Irradiaba una cierta belleza, obviamente, no por su apariencia corporal, sino por su espontaneidad, gestos parsimoniosos, el timbre agradable de su voz, el ritmo pausado de su hablar, su gentileza, cortesía y, lo más admirable, por jamás intercalar una grosería o una palabra malsonante. Recuerdo, la primera vez que lo invité a mi casa a almorzar, su rostro y su indumentaria provocaron el desagrado de mi esposa; y, para colmo, provocó el llanto de mi hija. Rogelio se incomodó y quiso retirarse, pero entre el pintor Max Lois —el otro invitado— y mis súplicas logramos disuadirlo. Servida la mesa, mi esposa y mi hija se ubicaron lo más lejos posible del poeta. Quizá la comida y la cerveza permitieron recobrar el buen ánimo. Como ambos cantaban, primero Max Lois, con su voz potente e impostada, ofreció canciones italianas populares; Rogelio, a su turno, recitó varios de sus poemas, cantó “Vanidad” y su repertorio de boleros famosos. Al promediar la tarde, la tensión inicial había desaparecido. Mi hija se acercó a Rogelio y se atrevió a tocar su bigote; y mi esposa, a solicitarle la interpretación de sus boleros predilectos. Cuando los despedimos y esperaba otro regaño de mi esposa por invitar a la casa a un personaje de apariencia medio intimidante, se limitó a comentar que bien podía ganarse la vida cantando. Rogelio merecía lo que alguien dijo de Martí: “Todo el

que se acercó a él terminó queriéndolo”.

Pero no se suponga que en el marco de este homenaje póstumo debemos loar incondicionalmente a Rogelio Gallardo. Era un hombre con debilidades, y en su etapa juvenil cometió algunos deslices de índole punible que lo convirtieron en inquilino de El Sepa y la cárcel de Trujillo. No obstante, le sirvieron para que transmutara su nivel consciencia. Por ejemplo, hundido por muchos años en el alcoholismo, lo superó hasta convertirse en abstemio; condenado varias veces a sufrir prisión, decidió no reincidir. Estas experiencias dolorosas, infernales, le sirvieron para purificarse, acrisolarse, adiamantarse, patético caso de redención y una prueba inobjetable de que solo quien ha sido capaz de calcinarse en el vicio o en el error puede dar el gran salto para alcanzar la otra orilla. Rogelio se equivocó a veces, pero como Orfeo, descendió a los infiernos en busca de Eurídice, su propia alma, sin embargo las Bacantes no pudieron aniquilarlo; al contrario, salió renovado. Logró esa proeza alquímica, creo yo, porque su Ser, siempre activo y alerta, le indicó la ruta en medio de la oscuridad.

Una noche, a eso de las nueve, mi esposa y yo bajábamos por esa callecita que conecta la avenida España con la plazuela El Recreo. Delante nuestro caminaba Rogelio zigzagueante, ebrio en extremo. Pensé en llamarlo, darle alcance y embarcarlo en un taxi. Pero avanzaba rápido. Lo descubrimos frente a dos señoras sentadas en una banca. Temí un incidente bochornoso. Lo observamos desde una distancia prudente. Rogelio hablaba en voz alta y las señoras parecían asustadas. ¿De qué les hablaba? Ensalzaba el don de la maternidad. A pesar de la borrachera, la lógica del discurso era perfecta; su dicción, impecable y empleaba metáforas y recursos retóricos que brotaban en un estado de trance, como si alguien le dictara el discurso. Cuando concluyó, quizá los ficus agitaron sus hojas para aplaudirlo. Rogelio reanudó su marcha, tambaleante, hacia el jirón Pizarro. Una de las señoras sonreía y la otra enjugaba una lágrima. Quizá ambas se preguntaban de dónde había salido ese hombre desarrapado y ebrio que, sin embargo, se expresaba con tanta elocuencia y respeto. Así era la calidad humana de Rogelio.

Fresca aún su presencia entre nosotros, sus amigos guardamos —y guardaremos— de él en nuestra memoria su destino inexorable de poeta nato y sus cualidades del hombre noble y sencillo. Se expresaba siempre poéticamente, porque su retórica y su ritmo se nutrían de su Ser; y como hombre, quienes hemos tenido el privilegio de merecer su amistad, sabemos que no habrá otro Rogelio en las calles de Trujillo. Él fue único y su impronta se ha roto para siempre; sin embargo, nos queda el legado de su Palabra optimista, su Fe en el Hombre y su Amor irrestricto a la Vida, expresiones de la grandeza de su Ser.

Agradezco a los organizadores por haberme invitado a participar en este homenaje a un amigo entrañable y que, a mi juicio, es el poeta más humano, trascendente y universal que ha generado Trujillo después de César Vallejo.

* Discurso del catedrático y escritor Jorge Chávez Peralta ofrecido en el homenaje póstumo al poeta, fallecido el 27 de noviembre de 1995. El acto se realizó en el Salón Consistorial de la Municipalidad Provincial de Trujillo, el 20 de febrero de 1996. El texto original ha sido ligeramente abreviado y modificado en la forma.

La vida que crea sin fatiga: el buen vivir como alternativa al progreso ilimitado

Pedro Favaron

Los primeros españoles que llegaron a los Andes anduvieron como enceguecidos por el resplandor. Sus ansias de obtener riquezas sin límites los hizo destruir la hermosura de estas tierras. Donde posaban las herraduras de sus caballos, se expandió peste y llanto. El autoritarismo de los falsos wiraqochas y su barbarie marcial, resquebrajaron, en pocos años, milenios de civilización y conocimiento. Los ibéricos juzgaron que toda la sabiduría de los antiguos andinos era barbarie y engaño satánico. Persiguieron a los hombres sabios, quemaron los kipus, profanaron las tumbas y expandieron amnesia y borrachera. Los españoles presentaron sus conquistas como gesta santa y humanista.

Con la llegada europea, este continente experimentó una barbarie sin precedentes: ríos de sangre, destrucción sin sentido, violación y hurto, ánimo brutal e implacable sed de oro. No faltaron voces que, ante el rey de España, defendieran a las poblaciones autóctonas y denunciaron la crueldad ibérica. Tal es el caso del dominico Antonio de Montesinos quien habló con dureza a los españoles de la isla de Santo Domingo en el año de 1511: “¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestable guerra a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas...? ¿No son hombres?... ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos?”. Este no fue caso aislado. Fueron muchos los religiosos quienes, como Bartolomé de las Casas, denunciaron la brutalidad de los encomenderos.

A pesar de estas reprimendas cristianas y de los edictos reales que pretendían defender a los pueblos de América, el desprecio continuó durante toda la colonia. Y se perpetuó más allá del virreinato. Las nacientes repúblicas heredarían el odio racista, el que continúa hasta el día de hoy. Los países andinos perpetuaron la estructura de castas de la colonia. Los indígenas habitaron una existencia al margen del Estado. Las clases dirigentes se han sentido de otra nación y no han hecho más que tratar de ampliar esta distancia; “blanquearse”, para decirle de modo brusco. Solo con la llegada del siglo veinte, encendida la juventud rebelde bajo la prédica anarquista de don Manuel González Prada, surgieron los primeros intentos políticos de combatir a una oligarquía afincada en su autoritarismo colonial. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos indigenistas por repensar los países andinos, se siguió ignorando en profundidad los modos indígenas de entender la vida. La gran mayoría de escritores indigenistas provenían de entornos urbanos y nunca convivieron de manera prolongada con las comunidades rurales. Veían al



Foto: Baldomero Pestana

“asunto indígena” como un problema que debía resolverse mediante la intervención paternalista del Estado y de una política educativa modernizadora. En un texto que tituló “Llamado a algunos doctores”, José María Arguedas manifestó el desprecio de los intelectuales hacia los pueblos indígenas: “Dicen que no sabemos nada, que somos el atraso, que nos han de cambiar la cabeza por otra mejor.../ Dicen que nuestro corazón tampoco conviene a los tiempos, que está lleno de temores, de lágrimas, como el de la calandria, como el de un toro grande al que se degüella, que por eso es impertinente”. Se afirma que los pensamientos indígenas no responden a las exigencias del progreso. Y que los indígenas deben ser asimilados a las ideologías y prácticas modernas. “Sabemos que pretenden desfigurar nuestros rostros con barro; mostrarnos así, desfigurados, ante nuestros hijos”. Los niños han sido educados para ansiar el progreso y despreciar la herencia de sus padres. Hasta hace no mucho, hablar lengua runasimi en las escuelas era un hecho que lindaba con lo delictivo. Sin embargo, a pesar de la opresión, los pueblos indígenas han sobrevivido. Son libres, fecundos y creativos. “Ninguna máquina difícil hizo lo que sé, lo que sufro, lo que gozar del mundo gozo. Sobre la tierra, desde la nieve que rompe los huesos hasta el fuego de las quebradas, delante del cielo, con su voluntad y

con mis fuerzas hicimos todo eso”. Arguedas extiende la mano a los doctores modernos y los invita a conocer los mundos indígenas en profundidad. Les afirma que somos hijos de un mismo territorio, “el viento que va de mi tierra a la tuya es el mismo”. Los doctores no deben estar enfrentados a los pueblos indígenas. “No, hermanito mío. No ayudes a afilar esa máquina contra mí, acércate, deja que te conozca, mira detenidamente mi rostro, mis venas”. Si el intelectual pudiera sosegar y dejar sus aires de superioridad, podría aprender mucho de estos pueblos. “Yo, aleteando amor, sacaré de tus sesos las piedras idiotas que te han hundido”. Las durezas mentales impuestas por el eurocentrismo tienen su cura en el amor. El amor permitirá al intelectual despertar a la maravilla de la existencia.

“No huyas de mí, doctor, acércate. Mírame bien, reconóceme. ¿Hasta cuándo he de esperarte?... Yo te invitaré el licor de mil savias diferentes. / Curaré tu fatiga que a veces te nubla como bala de plomo, te recrearé con la luz de las cien flores de quinua, con la imagen de su danza al soplo de los vientos; con el pequeño corazón de la calandria en que se retrata el mundo, te refrescaré con el agua limpia que canta y que yo arranco de la pared de los abismos que templan con su sombra a nuestras criaturas... / El vocerío de los insectos voladores, te los enseñaré

hermano, haré que los entiendas. Las lágrimas de las aves que cantan, su pecho que acaricia igual que la aurora, haré que las sientas y las oigas”.

El alma indígena y sus pensamientos están hechos de la misma substancia vital que las flores y las semillas. “Esas quinientas flores, son mis sesos, mi carne.../ Siembro quinua de cien colores, de cien clases, de semilla poderosa. Los cien colores son también mi alma, mis infaltables ojos. / El jugo feliz de los millares de yerbas, de millares de raíces que piensan y saben, derramaré en tu sangre, en la niña de tus ojos”. Para los pueblos indígenas, las yerbas y las raíces piensan y participan del lenguaje: hablan a los humanos. Han extraído su conocer bebiendo de los ríos y las lluvias que descienden de los cielos. El sabio indígena escucha con su corazón las voces y secretos de todos los seres. ¿Con qué oídos puede escuchar a las yerbas y a las raíces, para aprender de su sabiduría fermentada en la oscuridad húmeda de la tierra? ¿Por qué los doctores de la ciudad no pueden escuchar?

Los pueblos indígenas del continente americano, a pesar de sus muchas diferencias culturales, se encuentran vinculados por una comprensión profunda de la sacralidad de la existencia. Para los sabios indígenas, todos los seres del mundo tienen vida, pensamiento y lenguaje. Y el ser humano que cultiva y refina su sensibilidad, puede escuchar sus voces y comprender su mensaje. Solo falta saber quietarse, guardar silencio y respetar toda forma de vida. A diferencia de la lógica moderna de los doctores, que se separan del mundo, el indígena siente que su vida es indesligable del territorio en el que habita. Arguedas dice: “somos hijos del padre de todos los ríos, del padre de todas las montañas”. Hay un origen común que comparten todos los seres vivos. Y también un destino.

Para vivir bien, de forma saludable y apropiada, el ser humano debe cuidar su mundo. “Hay una fuerza vital que alienta a todos los seres vivos, un principio creativo que no cesa de manifestarse y crear nuevas formas de vida. Más grande que mi fuerza en miles de años aprendida; que los músculos de mi cuello en miles de meses; en miles de años fortalecidos, es la vida, la eterna vida mía, el mundo que no descansa, que crea sin fatiga; que pare y forma como el tiempo, sin fin y sin principio”. La modernidad ha pretendido separar al ser humano de esta fuerza sagrada, de ese flujo manante que nunca se agota. Incluso muchos pueblos indígenas de nuestro tiempo, atravesados por la economía de mercado y el consumo, empiezan a alejarse de este aliento fecundante. Mientras más nos alejamos, nuestra cultura se muestra más opresora, débil y artificial, incapaz de brindarnos la fuerza necesaria para realizarnos de forma plena.

Las luchas políticas han minado, en parte, el discurso racista del Estado. Sin embargo, la prédica del progreso ilimitado, de la modernización de las naciones, sigue plena de vigencia entre los grupos dominantes, a pesar de las innegables evidencias de la crisis ecológica y social que ha causado sobre el mundo. La política moderna busca una progresiva

acumulación de “riquezas” económicas, explotando la tierra sin medir las consecuencias. El pensamiento moderno, que tanto ha despreciado a los pueblos indígenas, tiene mucho que aprender de las sabidurías ancestrales de nuestro continente. Arguedas, en su poema, quiere sanar a los intelectuales. Enseñarles a respetar el lugar que ocupa cada ser vivo, su misión fundamental en el mantenimiento del equilibrio cósmico.

Arguedas plantea la necesidad de superar ese atuendo teórico que habla de los indígenas como seres aparte, a los que vemos con mirada exótica y, en el mejor de los casos, con compasión. Entender desde adentro las sabidurías aun vivas de los pueblos indígenas, plantea la exigencia de respirar un mismo aire y compartir nuestros alimentos. Los que están juntos, y juntos comen el maíz y la papa, empiezan a intercambiar influjos; se emparentan y se vinculan. La amistad y el amor es llevar los rostros de nuestros parientes, las voces de esas montañas, de esos árboles sabios, corriendo en nuestra sangre, macerando en nuestros estómagos, hacerlos parte de nosotros mismos. Hacerlos carne del cuerpo propio y substancia que alimente nuestra salud y vigor.

Los pueblos indígenas tienen memoria de ser civilizados desde tiempo remoto, antes de la llegada de Colón y las hordas bárbaras de Europa. Diversos relatos precolombinos cuentan de seres extraordinarios que, cumpliendo una misión divina, enseñaron a los humanos a comportarse de forma legítima, saludable y buena. Los sabios indígenas, de generación a generación, transmitieron las enseñanzas de esos maestros primordiales: el ser humano no debe ser ambicioso ni acumular, sino compartir con generosidad; hay que tener pensamientos positivos y fuertes, agradecidos con las fuerzas fecundantes de la existencia; el ser humano no puede prosperar aislado del resto de seres vivos, pues depende de ellos para subsistir; solo hay que depredar lo necesario para vivir y hay que respetar a todos los seres vivos. Olvidar estas enseñanzas es perder nuestra condición humana, convertirnos en monstruos crueles.

El mundo moderno vive en una carrera inmoderada hacia el futuro, siempre creyendo superar el pasado. Los antiguos sabios, en cambio, afirmaban que, para vivir el presente con sabiduría, debían escuchar las voces de los antepasados. El buen vivir de los pueblos indígenas brinda una alternativa vital a la propuesta moderna del progreso ilimitado. Para la sabiduría ancestral de los pueblos de lengua runasimi, no hay mayor pobreza que vivir solo. El wacha es el huérfano, aquel que no tiene con quien compartir sus risas y sueños, sus fatigas en el campo y los frutos de la cosecha. La pobreza y la riqueza, entonces, no pueden medirse solo en términos económicos. Hay una riqueza profunda que solo experimenta aquel que sabe contentarse; y que libre de afanes excesivos, respira con tranquilidad el soplo de Dios vivo en toda la creación.



CURAR LOS VENENOS

A lo largo de los tiempos, como seres humanos, hemos envenenado nuestros corazones con amargura. Hemos envenenado nuestros pensamientos con celos y codicia. Hemos envenenado nuestros cuerpos con comidas poco saludables y substancias artificiales. Hemos envenenado nuestros espíritus con nuestra falta de gratitud. En este estado enfermizo, la raza humana ha perdido de vista lo que este sendero tortuoso ha causado a nuestro entorno.

Hemos vertido productos químicos en las aguas, hemos enterrado productos tóxicos en el suelo, envenenando la Tierra, los animales y las plantas. Muchos humanos se sienten impotentes para detener la destrucción que se está perpetrando en nuestra Madre Tierra. Para encontrar soluciones, debemos empezar en casa, siendo conscientes de cómo podemos contribuir a las respuestas y a la limpieza. Se nos pide que reciclemos, reutilicemos y que seamos conscientes de nuestro consumo.

A nivel personal, se nos pide que limpiemos y sanemos nuestros pensamientos, emociones, intenciones, nuestro viejo dolor, nuestras negativas, nuestra salud física y nuestras acciones. Cuando llegemos a ser personalmente responsables de la curación de cada pensamiento, acción, intención y hecho en nuestras vidas, el resto del mundo sanará con nosotros.

FUENTE: LA MEDICINA DE LA TIERRA – JAMIE SAMS, DESCENDIENTE DE CHEROQUIS E IROQUESES, ES UNA DE LAS MAESTRAS DE LAS TRADICIONES NATIVAS MÁS APRECIADAS EN LA ACTUALIDAD.



El lenguaje de los árboles

Según el diccionario el lenguaje es la capacidad que las personas tienen de expresarse. Visto así, solo nosotros seríamos capaces de hablar, ya que el concepto está limitado a nuestra especie.

Pero ¿no sería interesante saber si los árboles también son capaces de expresarse? Pero ¿cómo? En todo caso no hay nada que oír, ya que definitivamente son silenciosos. El sonido de las ramas mecidas por el viento, el murmullo del follaje se producen de forma pasiva y no son influidos por los árboles. No obstante, estos se hacen notar mediante sustancias odoríferas. ¿Sustancias odoríferas como medio de expresión?

Incluso a nosotros, los humanos, no nos resulta ajeno. ¿Para qué entonces se utilizan los desodorantes y los perfumes? E incluso sin utilizarlos, nuestro propio olor habla al consciente y al subconsciente de las otras personas. Algunas personas simplemente no desprenden olor, mientras que otras desprenden un olor intenso. Desde el punto de vista científico, las feromonas presentes en el sudor son en este sentido incluso decisivas para decidir con quién queremos estar. Así pues, disponemos de un lenguaje de olores secreto, algo de lo que los árboles también pueden presumir. Por otra parte, hace cuatro siglos se hizo una observación en la sabana africana. Allí, las jirafas se alimentan de las acacias de copa plana, lo que a estos árboles no les gusta nada. Para ahuyentar a los grandes herbívoros, las acacias envían en cuestión de minutos sustancias tóxicas a las hojas. Las jirafas lo saben y pasan al siguiente árbol. ¿El siguiente? Primero dejan unos cuantos ejemplares a la izquierda y siguen con su festín unos cien metros más allá. El motivo es asombroso: la acacia atacada emite un gas de aviso (en este caso etileno), el cual indica a los congéneres de los alrededores que se aproxima un peligro. De esta manera, todos los ejemplares que reciben el aviso envían también sustancias tóxicas para prepararse. Las jirafas conocen este juego, por lo que avanzan un poco más a través de la sabana, donde encuentran árboles que no han sido avisados. O bien, trabajan contra el viento. Ya que los olores se expanden con el viento hacia los árboles vecinos y, si los animales se mueven en la dirección contraria del viento, encuentran acacias cercanas que no han sido avisadas de su presencia. Estos procesos



también tienen lugar en nuestros bosques, bien se trate de hayas, píceas o robles. Todos detectan la presencia de alguien que merodea cerca de ellos. Cuando una oruga intrépida pega un mordisco, el tejido de alrededor se altera. Además envía señales eléctricas, de la misma forma que ocurre en el cuerpo humano cuando este es agredido. Sin embargo, este impulso no se propaga de la misma forma que en nosotros, sino solo un centímetro por minuto. Así pues, se necesita alrededor de una hora hasta que las sustancias tóxicas se depositan en las hojas para estropear el festín a los parásitos.

Evidentemente los árboles son lentos, e incluso en peligro la alta velocidad no es lo suyo. A pesar de este ritmo lento las distintas partes del árbol no funcionan de manera aislada. Por ejemplo, si las raíces están en dificultades, la información se extiende por todo el árbol y puede provocar que, a través de las hojas, se liberen sustancias olorosas. No cualquier sustancia, sino especialmente la adecuada para un determinado objetivo. Se trata de

otra característica que más adelante puede ayudarle a defenderse de la agresión, ya que ante algunos tipos de insectos reconoce de qué villano se trata. La saliva de cada especie es específica y puede clasificarse. Se puede clasificar tan bien que, a través de sustancias trampa, los árboles pueden atraer a depredadores que se encargan de la plaga y de esta manera los ayudan. Así, por ejemplo, los olmos y los pinos avisan a pequeñas avispas. Estos insectos ponen huevos en las orugas que comen hojas. En ellas se desarrolla la larva de la avispa que devora poco a poco a la oruga desde el interior, una muerte poco dulce. No obstante, de esa manera el árbol se libra del parásito y puede seguir creciendo indemne. Por otra parte, el reconocimiento de la saliva es un valor añadido para otra capacidad de los árboles: lógicamente, también tienen que tener un sentido del gusto.

Una desventaja de las sustancias odoríferas es que son diluidas rápidamente por el viento. Por eso con frecuencia no alcanzan ni los 100 metros. No obstante cumplen con un segundo objetivo. Dado que la propagación de la señal por el interior del

árbol es lenta, a través del aire pueden recorrer mayores distancias de forma más rápida y advertir más a partes del árbol que estén distantes en varios metros con mayor celeridad.

Pero con frecuencia no tiene porqué tratarse de un grito de ayuda necesario para defenderse de un insecto. El mundo animal registra básicamente los mensajes químicos de los árboles, de manera que sabe que allí se produce algún tipo de agresión y que las especies atacantes deben ponerse en marcha. Aquellos a los que estos pequeños organismos les resultan apetitosos se sienten irremediamente atraídos. Pero los árboles también son capaces de defenderse a sí mismos. Así, por ejemplo, por la corteza y las hojas del roble circulan taninos amargantes y tóxicos, que, o bien matan a los insectos perforadores, o bien alteran el sabor lo suficiente para que una deliciosa “ensalada” se convierta en algo desagradablemente amargo. Los sauces producen salicina para defenderse, la cual tiene un efecto similar. Aunque para nosotros los humanos no: la infusión de corteza de sauce, por el contrario, puede aliviar el dolor de cabeza y la fiebre y es el precursor de la aspirina.

Naturalmente, una defensa de este tipo necesita su tiempo. Por ello, la colaboración para avisar cuanto antes es de especial importancia.

Para ello los árboles no confían exclusivamente en el aire, ya que entonces el aviso no llegaría a todos sus vecinos. Así pues, las señales son enviadas también a través de las raíces, las cuales conectan todos los ejemplares y su acción no depende de las inclemencias del tiempo.

Sorprendentemente, las instrucciones no se transmiten solo químicamente, sino también eléctricamente, con una velocidad de un centímetro por segundo. Comparado con nuestro cuerpo, es obvio que esto es muy lento, pero en el mundo animal existen especies como, por ejemplo, las medusas o los gusanos en los cuales la velocidad de transmisión de los estímulos es similar. Tan pronto como se ha propagado el aviso, todos los robles de los alrededores bombean taninos a través de sus vasos.

Las raíces de un árbol se extienden ampliamente, más del doble que la amplitud de su copa. Así se producen entrecruzamientos con las raíces subterráneas de los árboles vecinos y contactos a través de adherencias, aunque no en todos los casos, ya que en el bosque también existen las almas solitarias y tipos raros que no quieren tener nada que ver con los colegas. ¿Pueden estos gruñones bloquear las señales de alarma simplemente no compartiéndolas? Afortunadamente no, ya que para asegurar la rápida propagación de los avisos, en la mayor parte de los

casos se intercalan hongos. Estos actúan como la fibra de vidrio de las conducciones de internet. Los finos filamentos atraviesan el suelo y lo entretejen con una densidad prácticamente impensable. Así, una cucharadita de tierra del bosque contiene varios kilómetros de estas “hifas”. A lo largo de los siglos, una única seta puede expandirse varios kilómetros cuadrados y crear una red que se extiende por todo el bosque. A través de sus conducciones pasa la información de un árbol a otro y de esta manera les ayudan a agilizar el paso de información sobre insectos, sequías y otros peligros. Entre tanto, la ciencia habla incluso de una “Wood-Wide-Web”, la cual atraviesa nuestros bosques.

Qué y cuánta información es intercambiada es algo que hasta el momento está en fase inicial de investigación. Posiblemente existe también contacto entre distintas especies arbóreas, incluso aunque entre ellas se consideren competencia. Asimismo, los hongos siguen su propia estrategia y esta puede ser muy intermediaria y equilibrante.

Cuando los árboles están debilitados, posiblemente no solo se paraliza su capacidad defensiva, sino también su capacidad de expresarse.

De no ser así no se explicaría por qué los insectos buscan intencionadamente los ejemplares más vulnerables. Prueban los ejemplares mudos con un mordisco en las hojas o en la corteza. Es posible que el silencio se deba a una enfermedad importante, aunque en ocasiones la causa es una pérdida del manto de hongos, por lo que el árbol queda desconectado de todas las señales: deja de registrar las desgracias de sus vecinos, de manera que se abre el bufé libre para orugas y escarabajos. Igualmente vulnerables son las almas solitarias anteriormente citadas que, aunque sanos, no conocen las alarmas. En la simbiosis del bosque, no solo los árboles intercambian información de este modo, sino también los arbustos y la hierba, en realidad todas las plantas. Sin embargo, cuando vamos a campo abierto, la vegetación se vuelve muy silenciosa. Nuestras plantas domésticas y de cultivo han perdido la capacidad de comunicarse ya sea por encima o bajo tierra. Son prácticamente sordas y mudas, por lo que son presa fácil para los insectos.

Este es uno de los motivos por el que la agricultura moderna utiliza tantos insecticidas. Quizás los agricultores deberían aprender un poco de los bosques e introducir algo más de carácter silvestre y con ello más locuacidad en sus cereales y patatas. La comunicación entre nuestros árboles y los insectos no debe girar exclusivamente alrededor de la defensa y la enfermedad. El hecho de que ciertamente se producen muchas señales positivas entre seres tan

diferentes es algo que probablemente tú mismo has notado o incluso oído, y se trata, precisamente, de las señales olorosas agradables de las flores. No es por casualidad o para agradarnos por lo que emanan su aroma. Los árboles frutales, los sauces o los castaños llaman la atención con sus señales olorosas e invitan a las abejas a repostar en sus flores. El dulce néctar, un zumo azucarado concentrado, es el premio por la polinización que los insectos realizan de manera inconsciente. La forma y el color de las flores también son una señal, como un letrero luminoso que resalta claramente entre el verde de la copa y señala el camino hacia el pisco. Así pues, los árboles se comunican a través de los olores, visual y eléctricamente (por medio de una especie de células nerviosas que se encuentran en la punta de las raíces). ¿Y qué ocurre con los sonidos, también oyen y hablan?

Aunque al principio he dicho que los árboles son definitivamente silenciosos, los nuevos descubrimientos pueden ponerlo en duda: Mónica Gagliano, de la Universidad de Australia Occidental, escuchó el suelo junto a sus colegas de Bristol y Florencia. En el laboratorio los árboles resultan poco prácticos, por lo que en su lugar estudiaron brotes de cereales que son más manejables. Y, ciertamente, pronto los aparatos de medición registraron un ligero crepitar de las raíces con una frecuencia de 220 Herz. ¿Raíces crepitantes? Pero esto no quiere decir nada. Incluso la madera muerta crepita, por lo menos cuando quema en el hogar. Pero el sonido captado en el laboratorio también puede escucharse en otro sentido, y es que las raíces de brotes no implicados reaccionan a ellos. Cada vez que se les sometía a un crepitar de 220 Herz, las puntas se orientaban en esa dirección. Esto significa que la hierba es capaz de captar, digamos tranquilamente “oír”, esta frecuencia. ¿Intercambio de información a través de ondas sonoras entre las plantas?

Esto despierta la sed de saber más, ya que los humanos también utilizamos las ondas sonoras como forma de comunicación, lo que podría ser la clave para entender mejor a los árboles. Imaginémosnos qué podría significar si pudiéramos oír si las hayas, los robles y la píceas están bien o les pasa algo. Pero desgraciadamente todavía no se ha llegado tan lejos, muy al contrario, las investigaciones en este campo están todavía en sus inicios. No obstante, si la próxima vez que pasees por el bosque, escuchas un suave crepitar, es posible que no se trate solo del viento...

FUENTE: LA VIDA SECRETA DE LOS ÁRBOLES – PETER WOHLLEBEN, GUARDABOSQUES ECOLOGISTA.

Taki Onkoy: el despertar de las Huacas

José Carlos Orrillo



Foto: José Carlos Orrillo

En la construcción de la utopía andina un acontecimiento decisivo fue el Taki Onkoy: literalmente, enfermedad del baile... Los seguidores del Taki Onkoy no querían volver al tiempo de los incas, sino que predicaban la resurrección de las huacas, es decir de las divinidades locales. La vuelta al pasado, pero todavía como tiempo anterior a los incas.

Alberto Flores Galindo

Cuando en 1964 el antropólogo Luis Millones publica el primer estudio sobre el Taki Onkoy utilizando la documentación de la época, se rescató para la historiografía peruana la memoria de uno de los movimientos de resistencia indígena más singulares de nuestra historia. A diferencia de los movimientos insurgentes de Juan Santos Atahualpa y Túpac Amaru II, frecuentemente considerados solo en su matiz político-militar, aquel tuvo profundas raíces culturales y religiosas. El movimiento nativista del Taki Onkoy surgió en 1565 en las regiones sureñas del actual departamento de Ayacucho. Sus sacerdotes “predicaban un mensaje de rechazo al invasor que contenía una interpretación de la conquista, o que resultaba de ella. Además, instruían a sus seguidores en los detalles de un ceremonial que incluía cantos y bailes de éxtasis. En cierta medida se trataba de una celebración ritual que intentaba dar sentido comunal a un grupo asediado y arrasado por el conquistador. Las formas más

primordiales de lo mítico andino se constituyeron en el refugio y baluarte de la sociedad conquistada. Las prácticas rituales del Taki Onkoy parecen surgir de estratos muy arcaicos; su mensaje empieza a mostrar la dimensión utópica en la que habría de instalarse el discurso mítico andino”¹.

Lo fascinante de este movimiento es el carácter extático y ritual de su propuesta: no fue un levantamiento en armas, sino el rechazo total y performático a toda la cultura y a la presencia misma del invasor europeo, incluyendo, por supuesto, su religión. El Taki Onkoy predicaba el retorno a la antigua religión prehispánica, anunciando la restitución del poderío mítico de las huacas en todo el territorio andino, cuyos cultos y sacerdotes locales habían sido perseguidos por los incas. Las huacas de todo el Perú, lideradas por la huaca Pachacamac y la huaca Titicaca, estaban vivas nuevamente y poseían a los indios, trayendo consigo un mensaje de liberación (y posiblemente evasión) de la catástrofe total que significaba para ellos la conquista².

Dado que los sacerdotes del movimiento no se ocultaban, irrumpían en las iglesias y predicaban a la luz del día, sus seguidores fueron fácilmente identificados, apresados y enviados a la ciudad del Cusco, donde sufrieron ejemplares castigos. El movimiento, aparentemente, fue sofocado. Pero, ¿fue así realmente? Un movimiento como este, enraizado tan profundamente en un aspecto esencial de la cultura andina como es el ancestral culto a las huacas, ¿podría haber desaparecido completamente? ¿O es que algunas formas y expresiones veladas del Taki Onkoy han sobrevivido hasta la actualidad?

Si limitamos nuestra respuesta a las formas artísticas más visibles de la cultura andina, la Danza de Tijeras sería el ejemplo más espectacular. Los actuales Danzantes de Tijeras son los descendientes directos de los antiguos sacerdotes y curanderos prehispánicos que fueron perseguidos durante la colonia, y en la ejecución de su danza ritual encarnan a los espíritus de los Apus y la Pachamama. Ellos serían la prueba más obvia de que las fuerzas telúricas que animaron el Taki Onkoy siguen actuando en la actualidad. Sin embargo, creemos que hay otras manifestaciones o formas de supervivencia del Taki Onkoy, más veladas pero no por eso menos influyentes en nuestra cultura. El Taki Onkoy es el Despertar de las Huacas. Y este despertar tiene varias connotaciones. Nuestra premisa es que el Taki Onkoy sigue vivo en nuestros días, y que está encarnado por diferentes creadores, científicos o investigadores, o incluso gente común (agentes culturales), cuyas vidas y trabajo están centrados en el despertar de la esencia de la cultura andina. Más allá del carácter utópico del movimiento indígena, sostenemos que hoy, el Taki Onkoy es un anhelo profundo y una realidad viva de nuestra tierra, que permaneció latente durante siglos, mimetizada en la sombra, pero que ya empieza a hacerse visible.

Para un arqueólogo como Ignacio Alva, que ha liderado el proyecto de investigación y puesta en valor de la huaca y la comunidad de Ventarrón en el departamento de Lambayeque, estas ideas no son extrañas. Para él, en el Perú de hoy “cada uno de los que estamos comprometidos con la Naturaleza y la 'visión' hemos tenido maneras de vivenciar y concebir nuestro anhelo”. Y de realizar la utopía. Pues así como los seguidores del movimiento del siglo XVI eran poseídos por las huacas y se veían obligados a danzar y convulsionar, hoy, quienes

encarnan el Taki Onkoy dedican sus vidas a defender y propagar el mensaje y la sabiduría de las huacas: son los espíritus guardianes de la cultura andina. Son los arqueólogos, antropólogos, cineastas, pintores, músicos, danzantes, maestros curanderos, maestros de escuela, profesores universitarios, campesinos y poetas, jóvenes, mujeres y niños, tejedores y tejedoras, ceramistas, escultores, creadores, en fin, que encarnan en sí mismos el despertar de la cultura andina, su conocimiento y espiritualidad, sus valores y sabiduría, ancestral y universal a la vez.

Hace pocos días tuve la oportunidad de asistir al Coloquio sobre Gestión del Patrimonio Arqueológico de la Costa Norte, organizado por la Fundación Wiese. Entonces pude conocer el extraordinario trabajo que vienen realizando los arqueólogos peruanos por la investigación y puesta en valor social de los monumentos arqueológicos en relación con las comunidades locales donde estos se encuentran. Ahí escuché contar a Walter Alva, con profunda emoción, cómo el Señor de Sipán fue recibido en Lima con honores de Jefe de Estado. Ahí escuché decir que “los arqueólogos tienen que casarse con su huaca”.

Nosotros creemos que no solo los arqueólogos, sino todos los peruanos deberíamos “casarnos con nuestras huacas”. Tenemos que empezar a conocer y respetar nuestros antiguos templos, nuestros espacios sagrados, volver a acercarnos a ellos con aprecio sincero, con genuino interés. Si consideramos que el concepto de “huaca” expresa la esencia de lo sagrado en el mundo andino, realizar el Taki Onkoy significa dedicar nuestra vida al Despertar de las Huacas. De la activación de su energía dependerá la activación real de nuestro territorio; esto implica recuperar nuestro equilibrio interior, la curación de nuestras heridas como sociedad, esta sociedad quebrada desde la conquista.

El anhelo por el Taki Onkoy que subyace en el fondo de nuestra cultura obedece a la necesidad histórica de recuperar nuestra raíz espiritual más profunda: el substrato de conocimiento que nos vincula con la Tierra y con los dioses de esta tierra. Las huacas son las formas de lo divino más antiguas concebidas por el hombre andino y están esperando, dentro de nosotros mismos, el momento de su despertar.

LA BELLEZA SURGE EN LA QUIETUD DE TU PRESENCIA

Se necesita presencia para tomar consciencia de la belleza, de la majestad, de la sacralidad de la naturaleza.

¿Has mirado alguna vez la infinitud del espacio en una noche clara, quedándote anonadado ante su absoluta quietud e inconcebible enormidad? ¿Has escuchado, realmente escuchado, el rumor de un arroyo de montaña en el bosque? ¿Y el sonido de un mirlo al atardecer un tranquilo día de verano? Para tomar consciencia de este tipo de estímulos la mente tiene que estar serena. Tienes que abandonar momentáneamente tu equipaje personal de problemas, de pasado y de futuro, y todo tu conocimiento, porque, de no hacerlo, verás pero no verás y oirás pero no oirás. Tienes que estar totalmente presente.

MÁS ALLÁ DE LA BELLEZA DE LAS FORMAS EXTERNAS, hay otra cosa: algo innombrable, inefable, algo profundo, interno, la esencia sagrada. Donde y cuando quiera que encontremos algo bello, percibimos el brillo de esta esencia interna que solo se nos revela cuando estamos presentes.

¿Podría ocurrir que esta esencia innombrable y tu presencia fueran una única y misma cosa? ¿Estaría ahí si tú no estuvieras presente? Profundiza en ello. Descúbrelo por ti mismo.

FUENTE: ECKHART TOLLE, ESCRITOR Y MAESTRO ESPIRITUAL.



¹ Hernández, M., Lemlij, M., Millones, L., Péndola, A. y Rostworowski, M. *Entre el Mito y la Historia. Psicoanálisis y pasado andino.* Ediciones Psicoanalíticas Imago, Lima, 1987

² Flores Galindo, A. *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes.* Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1986

La Biblioteca de Huacachina

César Panduro

La Biblioteca Abraham Valdelomar de Huacachina se inició como un acto de amor hacia los demás, como un acontecimiento colmado con la esperanza de que los libros cambien vidas. Fue un impulso hacia el bien —gestado por el poeta Alberto Benavides Ganoza—, el que esta biblioteca ubicada en uno de los lugares más visitados del Perú, emprenda su marcha.

¿Qué es lo que se ha hecho desde hace catorce años? ¿y qué se sigue haciendo? Se han formado lectores, es decir seres humanos ganados para la inteligencia, para la reflexión, personas más informadas y perceptivas. Se han realizado campañas a favor de la lectura y de la cultura en todas sus formas. Aquí, al costado de una laguna que espera pacientemente la reivindicación de sus encantos, poetas como José Watanabe, Marco Martos, Arturo Corcuera, Rosella di Paolo, y muchos más han leído sus poemas, dictado talleres y departido sus conocimientos ayudando a jóvenes literatos y a estudiantes de Ica, además de inspirar en la comunidad una sensible apertura hacia la belleza que nos rodea.

Pero no solo ellos sino estudiosos y especialistas de diversos temas como ecología, arqueología, agricultura, nutrición, medicina tradicional han expuesto y compartido su conocimiento de manera abierta en las charlas gratuitas organizadas por la biblioteca.

La discusión filosófica y política no partidaria no ha sido ajena. El actual Presidente de la República del Perú, Pedro Pablo Kuczynski, brindó una conferencia acerca de la relación entre economía y educación. Las clases de Historia de Ica del Dr. Raúl Sotil Galindo siempre se recordarán con cariño, lo mismo las charlas sobre los pensadores griegos del propio gestor del proyecto. Pero es la promoción de la lectura la que ha motivado a la biblioteca a estar abierta ininterrumpidamente de lunes a domingo. Tenemos la estantería abierta, es decir los lectores tienen acceso a todos los libros, y no se necesita documento alguno para hacer uso de sus servicios (solo que se trate al libro con respeto).

La Biblioteca Abraham Valdelomar está orientada hacia las humanidades. Quizá ese sea su mayor atributo. Y para eso contamos con grandes colecciones como la de la editorial Cátedra —tanto en los clásicos hispanoamericanos y universales—, diccionarios de los principales idiomas europeos, casi todos los



diccionarios de quechua (en la Biblioteca se enseña quechua de manera gratuita), todos los clásicos peruanos en literatura, historia del Perú, en fin, el que desee poseer una idea de lo que es el vasto mundo puede venir a mirarlo desde aquí, leyendo. Sin embargo reducir a la biblioteca solo al ámbito de la lectura, es un enfoque parcial. La Biblioteca Abraham Valdelomar es un sello editorial que ha publicado libros de nuevos escritores como Pedro Favaron y Claudia Luthi; la reedición de clásicos peruanos como *Los Cronistas del Perú* de Raúl Porras Barrenechea, la poesía completa de José María Eguren, *Katatay* de José María Arguedas, *Imagen del mundo aborigen* de Arturo Jiménez Borja, los *Enigmas* de José Ruiz Rosas, entre tantos otros. Libros escritos por historiadores, arqueólogos, viajeros, poetas, filósofos, muchos de ellos nacidos y publicados en las provincias del Perú. Además, actualmente, promueve el proyecto de educación ecológica Semillas para la Consciencia Ciudadana que incluye la publicación de la revista *El Ojo Interior*.

La música no ha estado ajena, y recordando su origen ligado a la creación literaria, ha acompañado al Festival de Poesía Poetas en la Arena que se organiza cada año en el mes de septiembre. Músicos como

Daniel F, Rafo Ráez, Purumpa, Uchpa, Voz Propia han compartido sus melodías luego de lecturas de poemas y presentaciones de libros. Además, junto a la Sociedad Filarmónica de Lima y Radio Filarmonía, se ha invitado a prestigiosos músicos que se han presentado al aire libre en el malecón del balneario.

Poseemos hermosos libros para niños y adolescentes: todos los sábados, de 3 a 6 de la tarde, se leen o narran historias a los más pequeños. Desde hace 6 años organizamos en el mes de agosto el concurso de cometas Tayta Huayra y se han realizado campañas de reforestación de huarangos y sensibilización ecológica en los colegios; labores que van más allá a las de una biblioteca tradicional, pero que en la de Huacachina se han tornado emblemáticas.

Desde las bibliotecas se pueden elevar las consciencias y el espíritu de las personas. En la Biblioteca Abraham Valdelomar regentada por la poesía, ha sido y es nuestro mayor anhelo. Por eso somos conscientes que esta iniciativa —por ahora la única de su naturaleza en todo el Perú— es una luminosa semilla que ya está sembrada y debe seguir creciendo y expandir sus poderosos y sutiles frutos. Y replicarse y multiplicarse a nivel nacional.